

## A usted, lector curioso e inquisitivo



oy a satisfacerla, según más posibles, señor mío, en su enquisa sobre aquello que en mi escrito «La mar quijotesca» dije aquí de que «no es lo mismo saber muchos una cosa que consaberla», pues que «lo consabido es algo más que lo sabido por todos».

Ante todo he de confesarle que siento siempre un hormiguillo de estar sacudiendo las palabras y hasta de libertar a algunas que viven presas en un giro o una frase y sin salirse de ellos. ¿Ha visto usted *vilo*, *viso*, *echa* y otras, fuera de en una expresión? *Brete* va en ese camino. Pero no es éste el caso de que me pregunta.

En la 13.ª edición del Diccionario de la Real Academia, la de 1899, se dice que *mejido*, *da* (*huevo mejido*; *yema mejida*) es un adjetivo cuando es el participio pasivo de un verbo *mejer* de uso corriente en todo el noroeste de España, en tierras castellano-leonesas. El caso de *consabido* no es el mismo. El Diccionario ese apunta junto a *consabido*, *consabidor*, el «que juntamente con otro sabe alguna cosa»; pero el verbo *consaber* no lo he oído, y si logro darle vida no es, creo, que lo rescuite. Ni es un capricho de lingüista, sino que me parece que expresa un matiz que nos faltaba.

Caprichos, no, y menos de ociosa pedantería. No vayamos a caer en lo de aquel pobre bobo que conjugaba: «me enmimismo, te entimismas, se ensimisma...», y «me meicido, te tuicidas, se suicida...». Boberías así, no. Pero sutilezas conceptuosas de estas que alguien llamaría sofisticas, sí. Dialéctica es pariente de diálogo, y la dialéctica es cosa, ante todo y sobre todo, de lenguaje.

No es lo mismo el que todos y cada uno de los miembros de una comunidad humana sepan una cosa, a que la comunidad la sepa. Y aquí está el secreto de la opinión pública. Un mal sujeto, de quien todos saben que es indigno de que se le trate, es acogido por muchos o por los más, hasta que un día se hace público lo que era universal privado, lo sabe la comunidad como tal, lo consaben, y el consabido mal sujeto se ve soslayado. El secreto a voces dejó de ser secreto. Y es porque la conciencia pública o colectiva es algo más que la suma de las conciencias individuales que la fraguan más que la componen.

Y aquí se nos ha deslizado o delezonado, señor mío, un viejo, glorioso y muy fecundo vocablo, de origen más jurídico que psicológico, que nos va a poner en sendero. Es el vocablo «conciencia». Conciencia, en latín *conscientia*, es de *conscire*, consaber, y era propiamente saber algo malo con otro, ser cómplice de alguna maldad y aun tener manchado el ánimo con ese conocimiento. La conciencia empezó siendo la conciencia moral. Cuando el acusado reconocía la culpa de que se le acusaba, cuando se consabía de ella, decía que tenía conciencia de ella. Era como la confesión íntima para consigo mismo. Y algo en esta línea era confabularse con alguno, o sea *conchavarse* con él para alguna fechoría, que ordinariamente es una malhechoría.

Podríamos, pues, expresar con un término, «consabiduría», lo que primeramente se quiso decir con la voz *conscientia*, aplicado, so-

O. C. Comu VI



bre todo, a una comunidad, a una muchedumbre humana. La cual no llega a tener conciencia pública sino cuando consabe algo. Y de la conciencia pública, de la consabiduría, nace la personalidad colectiva. Y pueblo que no la tiene, no es mas que turba.

Y no crea que es tan hacedero consaber las cosas. Recorra nuestros lugares, campos, aldeas, villas y ciudades y verá que lo que todos sus moradores creen saber, no lo saben en realidad porque no lo consaben; que el montón de opiniones individuales, aun siendo coincidentes y hasta idénticas, no hacen opinión pública, no fraguan conciencia colectiva. Y no la hacen por su identidad misma, por la falta de matices diferenciales. Todas esas opiniones son una opinión sola que parece de cada uno y de todos, y que en rigor no es de nadie, porque nadie tiene conciencia, consabiduría pública de ella. Y donde no hay conciencia pública tampoco la hay individual y privada. A lo sumo, eso a que suele llamarse sentido común, y que estaría mejor llamado mostrenco. Porque en pocas partes el sentido común llega a servir de prado espiritual del concejo.

He de decirle más, y es que cuando las opiniones individuales son idénticas entre sí, cuando diez, cien, mil, un millón de hombres piensan lo mismo sobre un problema cualquiera, no es fácil que se forme opinión pública, que surja conciencia colectiva entre ellos. La conciencia surge de las oposiciones. Hasta la de cada uno de nosotros. Y así el hombre que no está en una cierta contradicción consigo mismo no tiene conciencia de sí. Cuando en un pueblo la ortodoxia, religiosa o civil, eclesiástica o política, se hace *homodoxia*, homogeneidad de opinión, es que el dogma ha muerto, se ha apagado. Y se ha apagado por falta de herejías.

No estará de más que nos fijemos en que la palabra de que luego se ha hecho herejía significaba antes, en Tucídides, por ejemplo, las opiniones políticas, los partidos en que estaba dividida Atenas. Y que eran la vida de su política, de su civilidad. Y que Solón, según nos cuenta Aristóteles, había establecido que el que no se afiliara en uno de esos partidos, el que no tomara partido activo en las disensiones civiles se viera privado de derechos civiles. El tal no participaba de la conciencia, de la consabiduría pública; era un puro y mero particular, un *idiota*. Porque *idiota* no significó primeramente sino eso: un particular, lo que decimos un caballero particular. En rigor, un inconsciente. Y acaso nuestra voz *zote* tenga que ver algo con *idiota*.

Ahora me gustaría detenerme en aquella frase de Romero Alpuente que tanto escandalizó a nuestros padres cuando dijo que «la guerra civil es un don del cielo», y puntualizar hasta qué punto la conciencia, y con ella la personalidad colectiva, surgen de la guerra civil. Así como lo que se llama la unanimidad no es mas que la inconciencia. Y la inconciencia suele ser algo peor que «desconsabiduría»; suele ser «con-necedad» y aún más: «con-tontería». Que es peor que la tontería de todos y cada uno.

Miguel DE UNAMUNO

La forma actual de Los Lunes de EL



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
CREDITO SAL.ES.

O. C. Casca VI

Suplemento literario y gráfico

Manuscrito de Miguel de Unamuno, 10 febrero 1924

9-58